Páginas Venezolanas

RIQUEZA Y CULTURA CRIOLLA

por Mariano Picón Salas

(Capítulo de un libro inédito)

Pasivos, con esa misma indiferencia tropical con que en otros días nos hemos amoldado a la barbarie, hemos vivido en nuestra dorada imprevisión nacional días de fausto y opulencia, seguidos de azarosos días de hambre, alternativamente hemos sido héroes y cobardes, con este don criollo de adaptarnos a todas las circunstancias — que podía constituir, aquilatado y ennoblecido una gran virtud nacional — así hemos acogido este movimiento exótico de progreso, de agitación, de lucha económica que empieza a despertar a nuestras amodorradas ciudades criollas. Quizás porque la Independencia fué para nosotros un largo crepúsculo de vida y de dolor, desarrolló prematura y ardientemente nuestra impubertad política, el carácter venezolano siempre tuvo — a pesar del sol y de la retórica — un templado escepticismo para ver y juzgar las cosas. En nuestra vida nacional no pesaron nunca aquellos prejuicios religiosos, sociales, de ódio al extranjero, que en otros países hermanos constituyeron largo y angustioso capítulo de su historia interior. Y cuando algún tribuno o uno de los intelectuales de la "izquierda" quiso aclimatarlo entre nosotros y arrojarlo a la multitud como bandera de combate, la vieja sabiduría, la vieja astucia y la vieja desconfianza llanera desarmaron sus intenciones. Así ningún desorden, asombro o conmoción ha producido esta trascendental migración de hombres y capitales extranjeros que empieza a valorizar las riquezas de nuestro subsuelo, poblará de gentes vastas regiones donde antaño sólo era la selva tupida e invasora y aportará cambios decisivos en nuestra economía y organización social.

El peligro de que a esta conquista material del desierto —para la cual, necesario es decirlo, no estábamos capacitados—obedezca una conquista espiritual que absorba y aniquile la savia de la tradición criolla, y en tierra nuestra edifique ciudades extranjeras, "gentiles" sin el bautismo de nuestra cultura y nuestra historia, empieza a bosquejarse.

Nativos y Extranjeros—

Cuando un trabajador cesante de Europa, logra que lo acepten en Génova o en Barcelona, en la bodega de un barco un billete de tercera como inmigrante para la América del Sur, aquel hombre a quien no fué propicia la patria, se desvincula de ella y se propone emprender a millares de leguas de distancia, una vida nueva. Si después de muchos años de afanes le fué bien en el campo uruguayo o brasileño o en el tinglado de ultramarinos de un puerto tropical, consigió el amor de una criolla hermosa, crecieron sus hijos bajo la ley y las instituciones de una república americana, adiestrados en los oficios y costumbres de los criollos; de Europa llegaban las noticias de las muertes de los amigos y familiares, el antiguo inmigrante desconocido que había arribado como una carga humana al conventillo o casa de inquilinato hacia muchos años, tenía ya vasta clientela y relaciones, es un nacional argentino, uruguayo o brasileño. A veces, es claro, — cuando ya se vaya poniendo viejo — le asaltarán las nostalgias de la patria ausente. Y un día, gran comentario en el pueblo: que nuese Nicolás se va. Pero allá, en la primera patria, más solo y más desconocido que en América, ante el interesado amor de unos sobrinos que quieren ver sus enormes diamantes (el indiano: un simple apego a la tierra que ya no es la de su infancia, que le parece otra, sentirá el aguijón del regreso. Ya le harán falta para vivir los "compadritos" de su tenducho criollo, el ombú familiar y campesino, bajo cuya sombra jugaban sus hijos, toda esa patria — más benigna y generosa que la antigua patria originaria — adquirida con el sudor de su frente, con los más vigorosos, más constantes y más audaces de sus impulsos juveniles.

Pero cuado Mr. Johnson, de la Standar Oil, arriba a un puerto del trópico, con su libreta de gastos en blanco para llenarla con todo lo que sea necesario, Mr. Johnson no se ha desvinculado ni mucho menos, de su patria de origen. Con él viajan la Standard Oil, los grandes sindicatos impresarios de la expansión económica en el trópico, todo un mundo de fuerzas acumuladas que no van a emprender la lucha lenta, heroica, del inmigrante italiano o español que vino solo, sino desde luego — y contra todos los interesses criollos — empiezan imponiéndose.

Nuestras pequeñas poblaciones contemplan entonces una lucha sorda, pero intensamente dramática entre nativos y extranjeros. En vano tomo una herencia espiritual defenderá el nativo con los huesos de sus muertos, lo secular y glorioso de sus tradiciones, el antiguo y constante arraigo en el país, su derecho a la tierra. El oro avasallante y dominador le opondrá el extranjero. El tiene más, gana más y paga mejor. Encarece la vida, introduce nuevos hábitos, costumbres de sociabilidad más complicadas y exigentes que no estaban en el tímido presupuesto de los menguados propietarios criollos. Relega a estos a una posición secundaria. Serán los abogados que velen por sus intereses: el empleado a sueldo, organizado como una máquina, que para ayudar más eficazmente al extranjero, hace la ventaja de que habla español, es nativo y conoce las argucias y trapacerías de los criollos. No pertenece a ningún grupo socialista que proclame la "jornada de ocho horas", y acostumbrado al hambre clásica, de la raza, se conforma y hasta se siente explotador de los "musiús", cuando llega a ganar ochocientos bolívares.

Asegurar sobre las grandes riquezas de nuestra patria no eventuales derechos de arrendadores sino un vasto campo donde mañana pueda dilatarse el esfuerzo y la economía nacionales, es tarea que corresponde a nuestros estadistas. Precisa para ello un idealismo prudente a quien no deslumbre el logro inmediato ni grave para el futuro esas fuentes de nuestra propiedad. Interesa vencer la imprevisión y codicia de un pueblo que ayúnas pobre un día se encontró con un tesoro y no sabe qué hacer con él. Si la escasez de nuestra población y la incapacidad de nuestra raza con que nos estigmatizan algunos sociólogos, no nos permiten por ahora el logro de tan vastas empresas: otras generaciones podrán. O al menos no debemos venderlo todo ni cerrar a nuestra actividad de hoy o de mañana todos los caminos, pues advertirán nuestros hijos a una patria que ya no les pertenezca: serán los tributarios de zapataces extranjeros que explotarán la riqueza de que aquellos eran dueños, y a pesar del progreso material que entonces tendrán nuestras poblaciones, evocarán con melancolía antiguos días de barbarie: cuando sobre el mismo Páez en las vastas llanuras ilimites, asentaban su fiera voluntad y su dominio.

Cultura criolla—

Lentos e idealistas hombres educados en las calmosas universidades y seminarios de la Colonia, en la larga meditación clandestina de los libros prohibidos del siglo XVIII, en el romanticismo político de Francia e Inglaterra de los primeros días del siglo XIX, son los formadores de nuestra cultura. No había aquí como en México y el Perú antigua tradición intelectual; y tuvieron que acopiar para formarla, elementos heterogéneos de otras culturas. A todo lo empaparon con su entusiasmo de constructores de patrias y con su fe, en la sola influencia y vitalidad de las ideas. El trato con los grandes viajeros — Humboldt, Depons — que a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX visitan a Caracas, despierta en la mente estudiosa de Andrés Bello la visión de amplios y magníficos panoramas intelectuales: abandona el valle ameno y deleitoso donde cantaba las pálidas riberas del Anáuco y los amores de Filis con versos dignos de Virgilio, y va a templarse en el contacto con todos los hombres, otras lenguas y otra civilización el sereno y majestuoso educador de todo un pueblo. Guál enseña en un país bárbaro el derecho y las instituciones democráticas de las grandes naciones, y publica en donde quiera que va la madurez y las leyes de Colombia. Vargas aparece un día de 1827 renovando los viejos claustros de la Universidad de Caracas: nos trae la Medicina y la Botánica; clasifica los vegetales indígenas; forma una escuela médica original que prepara durante treinta años de asiduo profesorado ilustres médicos y naturalistas. El quiere que en su tierra no existan más hombres tributarios del producto europeo, y encomia en memorias eruditas y entusiastas las cortezas, los bálsamos y las resinas de nuestros prodigiosos bosques fragantes. Michelena ha sido instruido en los economistas ingleses y un día puede ufanarse de que bajo su dirección la deuda pública venezolana se coloque, después de las consolidadas de la Gran Bretaña, por la prontitud, eficacia y floreciente situación del deudor. En los congresos de Páez y de Soublette y en la Convención de Valencia, hombres como Toto y Espinal echan las bases de un Derecho Político venezolano y que prudente sabiduría da para el porvenir y como si previeran los desastres posteriores — lecciones de tolerancia y magnanimidad políticas. La literatura despierta ante tan risueñas realidades. Un capitán de Artillería — de aquellos que formaba Cajigal en la Escuela de Matemáticas — escribe en un Castillano digno del siglo XVII, la "Historia de Venezuela". Otro hombre violento, nutrido de humanismo antiguo y de inquietud moderna, Juan Vicente González, describe en agitados cuadros llenos de color y de pánico la historia bárbara de la revolución: los hombres ululantes y sanguinarios de Boves, de Rosete, de Arismendi. Queda marcando una época y un modo de cultura; con él toma la savia de la nacionalidad, mirar más hacia la tierra: buscar en el fondo confuso de nuestras sociedades en formación los males que nos aquejan; educadores, economistas, apóstoles de una cruzada nacional, sólidos arquitectos de la patria que harían más por ella que tantos estetas inconformes, artistas finiseculares, exquisitos de "capilla", en que fueran tan fecundos los últimos tiempos.

Mérida (Venezuela) 1923.

Eduardo Wilde (1)

por Aníbal Ponce

Cuenta Lucio Mansilla, en una de sus deliciosas "causeries", que un día, siendo cónsul, mientras caminaba por la calle de la Florida con la solemnidad de quien va revestido de insignias militares, un vigilante — chirio o no — se atrevió en el camino y le quitó la vereda bruscamente. Eléctrico en la acción, lo tomó del cuello y lo puso de un empujón en medio de la calle. El vigilante, enceguecido por lo violento de la admonición, echó mano al machete pero, antes de que pudiera esgrimirlo, Mansilla que no llevaba más arma que un latiguillo de damisela, por pura coquetería marcial le cruzó el rostro de un fustazo.

El hecho hubiera terminado ahí, pero es el caso que, al día siguiente, un diario comentaba el suceso con tan profunda mala fe que lo menos inexacto consistía en afirmar que un militar ilustre, había herido malamente a un vigilante con arma contundente. Bastante fastidiado, marchó Mansilla a la imprenta de "El Nacional" y pidió se publicaran estas líneas: "Acabo de leer, en tal diario, la crónica de un hecho en el que, por las señas, uno de los actores soy yo. Está más o menos congruentemente condimentada. Falta, sin embargo, algo en extremo interesante. Es esto: que después de darle el latigazo *ut supra* al vigilante, que yacía en tierra, por haberse resbalado, saqué del bolsillo un estuche de navajas de barba, que acababa de comprar en la tienda de Manigot,—con una de las cuales le corté las dos orejas al pobre diablo del prójimo, yéndome *incontinente* al café París donde las hice cocinar, *salteadas au vin de champagne*, comiéndomelas después con delicia, cómo si fuera un antropófago de los más golosos—todo ello en medio de la más horripilante sorpresa de los concurrentes, a los cuales Sempé que, como buen francés, de nada se escandaliza—habiaseles dicho por lo bajo: "¿Saben ustedes lo que está comiendo el coronel Mansilla? ¡Orejas de vigilante!"

Se retiraba Mansilla de la imprenta, cuando le alcanzó la voz del director: "Coronel ¿quiere usted hacerme el gusto de no publicar esto". — "¿No publicarlo? ... ¿Y por qué?" — "Porque van a creer que lo que usted dice es la verdad". Y aquella noche—agrega Mansilla—"me dormí filosofando sobre el daño que debe hacernos en la vida la tentación de ser espirituales".

Eduardo Wilde ha pagado — como nadie lo pagó jamás entre nosotros—esa deliciosa tentación de ser espirituales. El sutil arabesco de sus ironías, el desenfado absoluto de sus opiniones, la tremenda sinceridad de sus sarcasmos, le trajeron como respuestas inmediatas la incomprensión, el ódio y la calumnia. Una atmósfera diabólica lo rodeó desde entonces. Llegaron a contarse cosas horribles de aquel hombre hermoso como una pintura del Ticiano y se creyó ver la perversa sabiduría de la serpiente en sus limpidos ojos de largas pestañas.

Había, sin embargo, un poeta en el fondo de aquel razonador y una ardorosa necesidad de expansión bajo la máscara del absoluto dominio. Con una viva sensibilidad individualista, Wilde sufrió, desde temprano, el doloroso desengaño de la realidad social. Excéptico intelectualmente, fué ingenuo de corazón y por naturaleza. "Soy capaz — dijo — de dar una lección probando que la confianza es un absurdo y, al salir de la escuela, me engaña". Condenado por el exceso y la movilidad de sus emociones, le mordió la angustia de la personalidad frustrada. Y sintiéndose, de un lado, extraño a la vida, y del otro, incapaz de hacer aceptar su vida, tuvo el heroísmo de esconder las torturas más íntimas bajo la dura coraza de una frialdad mentida. Frialdad en la que entraban, por mitades, el retroceso instintivo del tímido y el gesto orgulloso del estoico que se endurece contra la emoción.

Su vida entera fué una lucha cruel contra sí mismo, y en su témor del engaño no le arredraron ni las mayores audacias ni los cinismos más crueles. Como Merimée y como Stendhal, gustó de parecer malignos en la ficción de lo monstruoso. Como en ellos también, las fuerzas ocultas rompieron, a veces, el alto valladar que las circuía y muchos le vieron llorar como a un niño, junto al lecho de sus enfermos moribundos...

Su ironía no fué, en efecto, la intelligencia que se complace en sus propias paradojas como un volatinero en la exhibición de sus destrezas, Latiun convicciones profundas bajo su duda sinuosa y una gran capacidad de entusiasmo bajo las frialdades de su lógica impasible. No escapó a Sarmiento ese fondo de rocas sobre el cual corría la onda fresca y pura de su prosa. "Leí al doctor Wilde, — escribía — sobre todo cuando no se propone decir nada. ¡¡Es entonces que se toma substancia!!" No se engañaba, por cierto, el viejo educador. Cuando llegó la hora de la acción, el libre espíritu de Wilde, que había asomado con hondo perfil en una tesis magnífica, se iluminó con el fuego de las grandes pasiones. En aquellos momentos solemnes de la vida argentina, cuando la escuela laica y el matrimonio civil provocaron la última batalla entre la Colonia reaccionaria y la Revolución liberal, su voz seca y fina sibraba con potencia desconocida cada vez que había de asestar un golpe a las cerradas argumentaciones de Goyena, al estrecho sectarismo de Achával, a la exuberancia verbal de Pizarro.

Complacíase su risa en los vanos temores/ las hipocresías mezquinas, los escrúpulos fingidos, las torpes pasiones que agitan nuestra vida. Pero como era dulce y bueno, la burla dejábale en la boca un gusto amargo. "No soy ni puedo ser cruel, — confesó una vez —; la estructura de mi cerebro no me lo permite; pero confieso que por castigar evitar esa crueldad soy capaz de cometer actos irreflexivos propios para presentarme ante los ojos de quien no aprecie mis sentimientos como el salvaje más destituido de moral". "He sentido todas las emociones de la ferocidad, — declaraba en otra vez. — yo a quien se tacha de no tener corazón quizá precisamente porque lo tengo tan grande que caben en él todas las miserias, todas las nobleza, todas las originalidades y todos los sentimientos humanos".

La piedad natural de Wilde se robustecía con sus convicciones científicas: no podía ver culpables. El determinismo es motivo de infinita indulgencia, de inmensa bondad. Frente al hombre, cuyos actos adivina de vistazo las condiciones del medio y de la herencia que lo arrastraron a la culpa sin deducir por esto que continuaran actuando en el porvenir. La piedad es para los actos humanos lo que la tolerancia para las opiniones. Y porque Wilde sabía, era indulgente.

Por eso encerraba tanta hondura la aparente superficialidad de su risa. La prosapia anglosajona tienta a pensar en el "humour"; esa filosofía sarcástica, profunda y amena a la vez, que en los mejores momentos infiltráraseles con parecida eficacia. La comicidad desconcertante y excéntrica del inglés, por un lado, y la agudeza socarrona mezclada con la casi enfermiza ternura del criollo, por el otro, inantenable en el estilo y en la frase. Wilde tanto con la agilidad y el buen humor, la ironía, la duda elegante, el arte de epilogar sin concluir. Razón de sobra tenía Pedro Goyena al decir del a su vez amigo y enemigo que jamás se había proponerse un filósofo palabra sobre un tema abordado por él. Su ingenio le permitía presentar los asuntos más triviales a través de un prisma novedoso. No podrán olvidarse sus originales conceptos de crítica expuestos en su carta a Dávalos y dedicar o en su juicio sobre el cuadro de Blanes.

Con todas las condiciones necesarias para ser un profesional, prefirió ser tan sólo un "amateur". No tenemos derecho a reprocharle. La vida inquieta de su época exigía la imperiosa contribución de todos los esfuerzos. De lo que Wilde dió, ahí lo tenemos: como escritor, cuatro o cinco cuentos magistrales; como estadista, las dos leyes más fundamentales de los últimos tiempos; como hombre de ciencia, la solaridad perfecta de la ciudad de Buenos Aires.

Los azares de la política en un momento en que la pasión sectaria desbordaba hasta el insulto soez, estrujaron su fuerte corazón y, olvidado por sus contemporáneos e ignorado de la joven generación, sus últimos años conocieron los frios despertares lejos de la patria. Más dolorido que nunca, no perdió por eso su dulce actitud burlona. Irónico, piadoso y triste, se tenía a que su vida siguiera corriendo "aguas abajo" hasta que el destifo la detuvo.

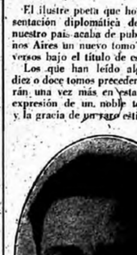
(1) Con motivo de la llegada de sus restos a la patria en el décimo aniversario de su muerte.

"EL ROMERO ALUCINADO"

Por E. González Martínez

El ilustre poeta que honra la representación diplomática de Méjico en nuestro país acaba de publicar en Buenos Aires un nuevo tomo de preciosos versos bajo el título de estas líneas.

Los que han leído alguno de sus diez o doce tomos precedentes encontrarán una vez más en estas páginas la expresión de un noble temperamento y la gracia de un raro estilo.



E. GONZALEZ MARTINEZ

La obra consta de tres partes, tituladas: "El romero alucinado", "Las sonrisas del tránsito" y "Bajo la cruz del sud".

No vacilamos en recomendar su lectura a los amantes de la buena poesía.

"La Cultura Argentina"

Ediciones de obras nacionales

Volúmenes formato mayor a 2 $ m/n.

Mariano Moreno	Escritos políticos y económicos.
General José M. Paz	Campañas contra Rosas.
" "	Memorias. Tomo 1.
Mayor Alejandro Gallegos	Observ. en Ba. Ai. y el int. de la Rep.
Coronel J. Antonio Wing	Veinticuatro años en la Arg. (1852-1876)
Juan y G. Parish Robertson	La Arg. en la época de la revolución
Robert Proctor	Viaje por la cordillera de los Andes
Gustavo Andrew	Viaje de Ba. Ai. a Potosí y Arica.
Dr. B. Mitre	Los Poetas Clásicos Argentinos.
Manuel Halch	Recuerdos de Ba. Aires, Chile y Perú.
Capitán Basilio Hall	El general San Martín en el Perú.
Juan M. Gutiérrez	Origen de la enseñanza superior.
" "	Ensayo sobre Juan Cruz Varela.
Antonio Bizzy	Historia de los Gobernadores (2 vol.).
Vicente Fidel López	Manual de la Historia Argentina.
" "	La Revis. del Perú y el Ind. en Lima.
Bartolomé Mitre	Rimas.
Martín A. Pelliza	La tiranía de Rosas.
" "	Organización Nacional.
Amancio Alcorta	La instrucción secundaria.
Pedro Echagüe	Manuelita y Tradiciones.
" "	Teatro.
Manuel Bilbao	Historia de Rosas.
Hilario Ascasubi	Santos Vega o Los Mellizos de la Flor.
Angel Justiniano Carranza	La Revolución del 90.
Martín García Merou	Ensayo crítico de Ed. Albarell.
Florencio Ameghino	Antigüedad del hom. en el Plata (1.er.)
" "	Antigüedad del hom. en el Plata (2.do.)
Vicente G. Quesada	Vida intima, en la Arg. (2.da. ed.)
" "	Historia Diplomática Sudamericana.
" "	La Política Colonial en el Sur de la P.
Jorge Thierry	La Polit. Imperialista del Brasil.
Carlos Octavio Bunge	Nuestra América.
" "	Estudios Jurídicos.
" "	La Educación Intuitiva:
" "	I La evolución de la Educación.
" "	II La Educación Intuitiva.
" "	III Teoría de la Educación.
Adolfo W. del Valle	Cuentos Criollos.
" "	Discursos Políticos.
Domingo F. Sarmiento	Recuerdos de Provincia.
" "	Viajes en Europa, Africa y Asia (Viajes).
" "	Recuerdos de Italia (Viajes).
" "	Estudios Dudosos (Viajes).

Volúmenes formato menor a 1 $ m/n.

Manuel Moreno	Vida y Memorias de Mariano Moreno.
Bernardo Monteagudo	Escritos políticos.
José T. Guido	Apuntes históricos.
José de Arenales	Campaña del Perú.
José J. B.	Derecho público Provincial.
Domingo F. Sarmiento	Facundo.
" "	Argirópolis.
Mariño Rodríguez	El Tonto Argentino.
Bartolomé Mitre	Belgrano y San Martín.
José Hernández	Martín Fierro.—La vuelta de M. Fierro
Olegario V. Andrade	Poesías Completas.
Vicente G. Quesada	Historia colonial argentina.
Nicolás Avellaneda	Escritos políticos.
Martín García Merou	Recuerdos Históricos.
" "	Estudios Americanos.
León V. López	Sociología Argentina.
Alejo Peyret	La Revolución del Octetlamo.
Pedro Goyena	Obras literarias.
Miguel Cané (Obras compl.)	Juventiu.
" "	Prosas.
" "	Versos y impresiones.
" "	Retratos I.er. de Shakespeare.
" "	Ensayos.
" "	Discursos.
Santiago Ostenfeld	Cartas de Ce-Pe-Ce-Ha.
Florencio Ameghino	Leg Belgrano de mi tiempo.
" "	Historia de los Indios Argentinos
Agustín Alvarez	Sociol. Americana.
" "	La Transform. de las Razas en América
" "	Estudios de Sociología Argentina.
" "	La barbarie moral de los pueblos.
Tony Mache (J. S. Alvarez)	Quienes dan la cara.
" "	Un viaje al país de los matreros.
" "	Entre el cuartel.
" "	Cuentos.
" "	Sobre el yacal.
Juan B. Ambrosetti	Supersticiones y leyendas.
Rafael Obligado	Poesías completas.
Carlos Ortiz	El poema de mi Montaña.
" "	Rosas del Cruzamiento.
José de Maeztu	Ensayo de Hispanidad.
José María Drago	Los Hombres de Presa.
Amado Jacques	Psicología.

Obras de José Ingenieros

La Psicopatología en el Arte	0 m/n.
El Simbolismo en la lucha por la vida	0 m/n.
Simulación en la Lucha por la Vida	0 m/n.
Historia y Sugestión	
Criminología	
Sociología Argentina	
Crónica de Viaje (1908-1909)	
Principios de Psicología	
El Hombre Mediocre	
Hacia una moral sin dogmas	
La Evolución de las Ideas Argentinas	
I. La Revolución	
II. La Restauración	
Las Doctrinas de Gorgias	
Proposiciones relativas al Porvenir de la Filosofía	

Los 14 volúmenes $ 29 m/n. ($ 15 oro)

Próximamente se remitirán:
Patología del lenguaje musical.
Ciencia y Filosofía (ensayos).
La locura en la Argentina.
La cultura filosófica en España.
Los Tiempos Nuevos.
Emilio Boutroux y la filosofía francesa.

ADMINISTRACIÓN: BELGRANO 415, BS. AS.

"La Cultura Argentina" tiene en prensa

LAS DE BARRANCO

LAS INVISIBLES

por GREGORIO DE LAFERRÉRE,

con un prólogo de

ENRIQUE GARCÍA VELLOSO

Precio 1 $ m|n. en todas las librerías

Un acontecimiento literario

"La divisa punzó" de Paul Groussac, consagrada por la crítica

EL ROSAS DEL Sr. GROUSSAC

El acontecimiento teatral y social que ha significado el estreno del drama histórico "La divisa punzó", del Sr. P. Groussac; el noble esfuerzo ampliamente realizado por el autor, con una fe admirable, que ha tenido su más señalada recompensa en la representación misma, en la concurrencia que llenaba la sala y en la ovación tributada al autor ilustre, que así coronaba, con un éxito de escena, una labor intelectual de más de cincuenta años, ofrecen elementos preciosos y aun extraordinarios a la crónica respectiva de todos los días, que esta vez se halla en presencia de una evocación superior, de una obra digna de los más grandes escenarios y de un triunfo muy significativo de los artistas argentinos que la han interpretado y logrado en la medida de lo posible.

La impresión que deseamos consignar por separado tiene otro origen y otro fin, pues se refiere al criterio propiamente histórico que el autor de "La divisa punzó" ha aplicado al personaje central de su drama y que encierra, a nuestro juicio, una enseñanza hermosa, a la vez que importa una verdadera restauración del personaje, libertado virilmente por el Sr. Groussac de muchas deformaciones, tesis presuntuosas, conceptos equivocados, pretendidos descubrimientos de alcance científico y todos los retoques de fácil literatura sentimental con que ha sido exornada la figura del tirano en daño de la verdad histórica y de la conciencia pública, que no es al fin sino el alma de la Nación, que tanto interesa preservar de snobismos, novelerías y rebuscadas disonancias con el criterio común.

El Sr. Groussac ha hecho una Manuelita impresionante; ha evocado con talento y fuerza el medio en que vivía el tirano; ha revivido figuras tan significativas y llenas de interés como las de Ramón Maza, María Josefa Escurra, Juan Nepomuceno Terrero, Lucio Mansilla y muchas otras, pero de sus manos ha salido de una pieza, sólo, sin duda, era Rosas de la historia, el de la verdad honestamente penetrada, el que fué cruel, taimado, simulador; el que así aparecía entregando a la mofa brutal aquellos que más amaba, como exaltaba las condiciones de víctimas en el preciso momento en que reagravaba sus martirios; el Rosas del perdón verbal y la venganza efectiva, que Groussac ha pintado de mano maestra en rágos comprobatorios de la imagen moral, mentalidad y conducta continuada de la vida que es el teatro, cuando se lleva a los escenarios el elemento primordial de toda obra del género, que es el amor de la verdad, confundiéndose con el amor de la belleza.

Nuestra Buenos Aires de hoy ha tenido anoche frente a sí la evocación teatral más vigorosa e inteligente de la Buenos Aires de la tiranía, y la ha tenido completa: en caracteres, en trajes, en decoraciones, en todo lo que rehace un ambiente, dada la época. Por eso ha sido la que acaba de pasar una gran noche, que ha significado tan justa emoción para el hombre de letras que ensaya y triunfa en el teatro a una hora alta de su existencia, prestando un gran servicio y aportando una gran contribución a la literatura histórica y a la vida teatral del país.

(de "*La Nación*").

(Continuación de la pág. 1)

AYARRAGARAYES

reclusiones donde se trabaje. Tenemos lo indulto, que es válvula clandestina; y ahora, la condena condicional, que abre en el retusto edificio, una brecha racional y llena de acierto.

Ocurrió cierta vez, en Estados Unidos, que en una gran extensión bien arbolada se sucedían los asaltos violentos, y la policía, en la mayoría de los casos, era burlada. De pronto, se tuvo una idea. Se la ilumino profusamente, y los asaltos terminaron.

Australia ha dado un campo de experimentación social. En el pasado, iban allí presidiarios y la resaca de Whitechapel. Estos elementos fueron tronco de honorables familias.

Siempre acompaña el crimen, algo de imitación, un medio económico, una suerte de Baco, o una falta de previsión, y también los almácigos que ha estimulado la sociedad con su indiferencia, al no instruir convenientemente a la infancia.

La imprevisión de no ir a las causas, equivale a sembrar delitos, que brotarán más tarde.

Cuando el afirmado en la calzada se encuentra hundido, los vehículos pasan y los janelgos resbalan: "Brotó de mi corazón, la arena en vez de castigar a los caballos.

El paludismo no se extirpa con quinina, sino saneando los terrenos para que no pulule el anopheles. Desaparecida la causa, cesa el efecto.

Policía y pueblo están divorciados, porque la policía debe ser pueblo; y éste también policía.

Falta solidaridad en nuestra gran urbe: las casas están juntas, pero sus habitantes separados en espíritu.

"Las cárceles serán sanas y límpias para su seguridad y no para castigo de los reos". La ley más alta de la República — patrimonio moral de los argentinos — así lo estatuye; y ese precepto magnánimo, es justicia, caridad y misericordia.

El poder constituído no tiene debe ni derecho de ir más allá de lo que incumbe a la seguridad y tranquilidad del pueblo, porque así lo impone la misma virtualidad de la naturaleza humana.

La estadística nos dice que la pena de muerte, en aquellos países que más usa hacen el ella, no es valla que contenga la ola de los crímenes de sangre.

No existen superhombres. La imperfección nos acompaña. En cada amanecer, la incertidumbre asecha a la psiquis. En lo subconsciente de cada ser duerme una esfinge, pronta a despertar con un mandato inesperado. Puede levantando el indice señalar la cárcel, el manicomio o un recinto pleno de armonía. Si los que llegan a este último, en la placidez de su situación "creen que la caridad o la misericordia no tienen relación con la justicia", la evolución moral de la especie carecería de sentido. ¡No! Nuestra patria, en ningún caso, está destinada a ser la cloaca del mundo. Lo dice su cota pero afirmativa historia, su clima, la sonrisa y la dulce voz de sus mujeres, y más que todo esa juventud que empieza a sucedernos, inepar preparada que la nuestra.

(de "*Nosotros*").

Todavía nosotros somos los hijos degenerados o no, de aquella cultura. Nuestro escepticismo moderno puede acaso hallar demasiado cándor y sonreír ante la ideología de algunos de estos hombres; mas no creo que estemos tan corrompidos para dejar de admirar a Vargas, a Toro, a Gual, a Michelena.

Por pudieja preguntarse cual es el valoy y significación que dicha cultura tendrá para los hombres que vienen. Si la patria futura va a ser extraña a nosotros; si en la vida e intereses nacionales de entonces no significaremos nada, ¿a qué conservar una tradición y una cultura que ya no existen?

No es nuestra juventud de las ciudades que sin otra visión de grandeza y de jerarquía que la que da el dinero ha aprendido a desdeñar otros méritos de estudio y sabiduría que apenas alcanzaran en nuestra desordenada vida criolla triunfos "ideales" y títulos "in partibus"; busca el dinero por todos los medios y para colmar todas las voluptuosidades, y apenas se improvisa una cultura precipitada y groseramente positivista — los conocimientos indispensables para servir en una casa de comercio o en una poderosa compañía extranjera — la que ha de salvar de esta crisis de su vida, la tradición nacional. Ni parecen tampoco los intelectuales exóticos y cosmopolitas, que aparte de algunos nombres han hecho mérito de su desarraigo: desde su alta torre de marfil gustaban recrear la vista en sutiles y refinados panoramas intelectuales: allí el arte de decadencia destilaba sus perfumes quintaesenciados, el amoralismo y la paradoja eran las flores enfermizas de una civilización cansada. Precisa, pues, para que perduren nuestra tradición y nuestra cultura, y con ellas la savia de la nacionalidad, mirar más hacia la tierra: buscar en el fondo confuso de nuestras sociedades en formación los males que nos aquejan; educadores, economistas, apóstoles de una cruzada nacional, sólidos arquitectos de la patria que harían más por ella que tantos estetas inconformes, artistas finiseculares, exquisitos de "capilla", en que fueran tan fecundos los últimos tiempos.

Mérida (Venezuela) 1923.

"La divisa punzó"

por Paul Groussac

"La divisa punzó", por Paul Groussac. — Un nuevo aspecto de las actividades intelectuales del señor Paul Groussac ha podido apreciar anoche el público que concurrió al estreno de su obra titulada "La divisa punzó", por la compañía Camila Quiroga.

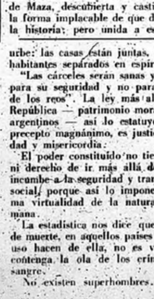
La autoridad del hombre de letras y del historiador daba a su primer ensayo de teatro los prestigios de un suceso extraordinario, que habría de someterlo a una prueba, de la cual no han salido airosos muchos intelectuales que lo han precedido en el intento de llevar a la escena, ya sea un momento de nuestra historia, ya un tema sociológico o algún asunto artístico, después de conquistar elevadas posiciones entre los propulsores de la cultura y la difusión de la belleza.

La documentación, la verdad cronológica, el conocimiento y el reflejo exacto del ambiente de una época, los detalles exteriores complementarios, todo esto anotado con la escrupulosidad del técnico que ha profundizado la materia de que va a hablar, quienes prestaríaseles, conceptos equivocados, pretendidos descubrimientos de alcance científico y todos los retoques de fácil literatura sentimental con que ha sido exornada la figura del tirano en daño de la verdad histórica y de la conciencia pública, que no es al fin sino el alma de la Nación, que tanto interesa preservar de snobismos, novelerías y rebuscadas disonancias con el criterio común.

El Sr. Groussac ha hecho una Manuelita impresionante; ha evocado con talento y fuerza el medio en que vivía el tirano; ha revivido figuras tan significativas y llenas de interés como las de Ramón Maza, María Josefa Escurra, Juan Nepomuceno Terrero, Lucio Mansilla y muchas otras, pero de sus manos ha salido de una pieza, sólo, sin duda, era Rosas de la historia, el de la verdad honestamente penetrada, el que fué cruel, taimado, simulador; el que así aparecía entregando a la mofa brutal aquellos que más amaba, como exaltaba las condiciones de víctimas en el preciso momento en que reagravaba sus martirios; el Rosas del perdón verbal y la venganza efectiva, que Groussac ha pintado de mano maestra en rágos comprobatorios de la imagen moral, mentalidad y conducta continuada de la vida que es el teatro, cuando se lleva a los escenarios el elemento primordial de toda obra del género, que es el amor de la verdad, confundiéndose con el amor de la belleza.

Nuestra Buenos Aires de hoy ha tenido anoche frente a sí la evocación teatral más vigorosa e inteligente de la Buenos Aires de la tiranía, y la ha tenido completa: en caracteres, en trajes, en decoraciones, en todo lo que rehace un ambiente, dada la época. Por eso ha sido la que acaba de pasar una gran noche, que ha significado tan justa emoción para el hombre de letras que ensaya y triunfa en el teatro a una hora alta de su existencia, prestando un gran servicio y aportando una gran contribución a la literatura histórica y a la vida teatral del país.

(de "*La Nación*").



PAUL GROUSSAC

"La divisa punzó" fué estrenada con éxito en el Teatro Odeón el 6 de Julio

De los dramas históricos que tienen por marco el período trágicamente sombrío de la tiranía, aun en aquellas tentativas más o menos nobles con aspiraciones artísticas, sólo ha de subsistir como verdadera creación de arte la obra de D. Pablo Groussac: "La divisa punzó". Aunque se suprimiese el fondo histórico que sustenta la acción, quedaría siempre subsistente el drama intenso, profundamente humano, que abrigan y emociona. Ojalá sirva la obra del Sr. Groussac de pauta para la producción venidera de aquellos de nuestros autores que quieran explotar el rico filón de nuestra historia.

El Sr. Groussac ha creado con su drama el género histórico en nuestro teatro. No es la suya una obra confundible, ni remotamente, con las crónicas dialogadas, de tintes melodramáticos que han subido a nuestros escenarios. Es la obra de un maestro que ha manejado los documentos no para la ordenación cronológica de los hechos exteriores exclusivamente. Las piezas documentadas, que no tienen secretos para el Sr. Groussac, le han servido para reconstruir maravillosamente una época y para evocar las figuras de sus personajes refundiendo sus caracteres que sorprendió por su vigor y por su veracidad.

En los documentos — y acaso él mismo no podría precisar ni el número ni las clases examinados — el Sr. Groussac halló dispersos los rastros indelebles de aquellos hombres que vivieron, actuaron y sufrieron; que se inflamaron de amor o se encendieron de cólera y de odio.

Así estudió y analizó los caracteres de sus personajes, y por esto, más que por otra cosa, su obra es el drama histórico que palpita de vida y de verdad. Sus personajes son criaturas humanas y no nuevas estampas reproducidas de la iconografía de la época. Son criaturas humanas en toda su complejidad psicológica que emergen de las sombras del pasado por la magia del historiador y del artista. Porque esta obra del Sr. Groussac está concebida con un criterio artístico en aras de la historia no proporciona más que los elementos, el barro informe y originario que precisa para animarlo un soplo vital. Y vieron ciertamente los personajes que se mueven en la obra. Sus actos no obedecen a impulsos mecánicos o caprichosos. Su conducta está determinada por los mil elementos que condicionan la naturaleza humana, los que en su diferente dosificación dan nacimiento en nuestra especie a la enorme variedad de caracteres. Porque son en realidad caracteres, los que presenta el Sr. Groussac, caracteres de diferente complejidad, según los elementos psicológicos que han entrado en su constitución. Y estos elementos fueron amplia y sabiamente documentados no sólo en los personajes que tuvieron una existencia real, sino también en